



BRASIL EN EL NUEVO ESCENARIO MUNDIAL

Marcelo Ramón Lascano

Marzo de 2008

En algunos ambientes se descubre recién ahora que Brasil ha pasado a convertirse en un importante actor mundial. Si bien es cierto que durante las dos últimas administraciones a cargo Fernando Enrique Cardozo y de Luiz Ignacio Lula da Silva la presencia brasileña se ha extendido cuantitativa y cualitativamente en el planeta, no lo es menos que ello responde a una estrategia nacional cuidadosamente observada, cuyos orígenes se remontan a su existencia misma como nación, esto es antes de la independencia de Portugal en 1822 y de la abolición de la monarquía o del Imperio, si se prefiere, y la adopción del sistema republicano en 1889.

La antigua y secular vocación imperial acompañó desde siempre a la nueva nación. Una manifestación de ello la confirma la instalación de la Corte de los Braganza en Río de Janeiro huyendo con más de diez mil burócratas y calificados súbditos de la ocupación napoleónica en 1808. Dos años después, en 1810, La Gaceta Mercantil dirigida por Mariano Moreno registró las incursiones expansionistas del ambicioso vecino, en esta ocasión dirigidas a ocupar territorios de las Provincias Unidas del Río de la Plata que, históricamente, configuraban un espacio con identidad propia.

La historia de los intereses portugueses en la Cuenca del Plata (3.000.000 de Km²) es altamente aleccionadora, como también lo es el entendimiento con el Reino Unido para neutralizar, de consuno, la definitiva integración en la heredad de la que también formaba parte la actual República Oriental del Uruguay. Dejando de lado la guerra que concluyó en 1828, batalla de Ituzaingó mediante, es oportuno recordar, finalmente, la ostensible participación brasilera en la guerra contra la Confederación Argentina encabezada por Juan Manuel de Rosas, cuyos pormenores, tergiversaciones, traiciones y corruptelas han incentivado una grosera desaprensión espacial, que valga la pena insistir, nunca afectó a nuestro socio geográfico cuyas ambiciones espaciales han sido una norma de política internacional.

Estas breves referencias no sirven sino para confirmar que Brasil, como toda potencia aspirante, desde sus comienzos imperiales y sin interrupciones durante la experiencia republicana, jamás declinó ocupar espacios que convinieran a sus aspiraciones geopolíticas, como tempranamente lo advirtieron, entre algunos otros, Mariano Moreno, Juan Manuel de Rosas y Estanislao Zeballos. Esta advertencia no tiene otro propósito que contribuir a optimizar las relaciones y los proyectos conjuntos, precisamente a partir de un mejor conocimiento de la contraparte para esquivar mal entendidos que conspirarían contra su concreción. Sería erróneo buscar otra explicación.

Bien. Para evitar malévolas suspicacias, respecto de esta posición, vale la pena recordar no sólo la lenta y perseverante expansión territorial registrada durante los cuatro siglos

transcurridos desde el Tratado de Tordesillas, sino también la explosiva irrupción internacional de Brasil en las últimas décadas, que puede ser una novedad para mucha gente que cree en los milagros políticos o en la fortuna a lo Maquiavelo, que es un complemento y no una perseverante, sin vacilaciones, cuidadosa y envidiable estrategia nacional, celosamente observada por todas las dirigencias.

La conquista de territorios, a la norteamericana, en el sentido de insaciable, a diferencia de la actitud argentina ubicada en la otra punta, según explico en mi *“Imposturas Históricas e Identidad Nacional”* publicado por el Ateneo, es interesante destacar por el rigor estratégico en la selección de prioridades económicas y financieras, siempre acompañadas de refinamientos diplomáticos, casi de relojería. El banco Nacional de Desenvolvimiento (Bndes), ha ejercido, por su parte, una función destacada en distinguir lo viable y rentable de lo inútil e inservible, más allá de errores que son inherentes al negocio bancario. Parece que la regla de Marcel De Corte, que aconseja *“unir el interés el deber”*, rigiera como un catecismo, sobre todo en los últimos tiempos.

Si no existiera una fuerte y atinada combinación de intereses, ajustada a propósitos políticos permanentes, difícilmente las firmas emblemáticas brasileñas como Embraer y Petrobrás, entre una decena, por ejemplo, podrían haber alcanzado el status internacional que hoy las identifica, básicamente por la presencia mundial de su producción. Las aeronaves de la primera surcan los cielos del planeta sin excepciones de bandera. La impresionante presencia de la segunda en vastas regiones geográficas, que se extienden desde Uruguay hasta Rusia, sin saltar África, testimonian lo que venimos afirmando *“in extenso”* desde hace mucho tiempo, por ejemplo en *“Archivos del Presente”*, en el N° 43 de principios del año pasado.

Si no existiera una arraigada obstinación nacional compartida por un amplio espectro político y social, esta verdadera hazaña no hubiera pasado de una mera o simbólica esperanza. Pero hoy es una realidad incontestable que no responde sino a firmeza y sin agachadas que deslucirían el éxito. Algún contrapunto con los EEUU y ahora con España, debido a cierto mal trato con turistas brasileños en Madrid, lo confirma. Turistas españoles en suelo brasilero no fueron admitidos y a otra cosa. Mas allá de la relación estratégica con los EEUU, vale la pena recordar la reciente negativa de Lula a aceptar el principio de *“fronteras flexibles”* para cortar las piernas al narcotráfico, sugerida por Bush.

Bien. Pero la pujanza económica y la eficiencia diplomática no tienen entidad suficiente para convertir a un país en potencia y menos para consagrarlo entre los actores globales que influyen en los destinos del mundo. Hace falta algo más. Poder militar y tecnológico. Este parece el objetivo complementario del presidente Lula antes de terminar su mandato, siguiendo los pasos de sus predecesores. La aspiración es estrictamente lógica. Hoy Brasil está casi a un paso de integrar el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de pertenecer al Grupo de los Siete, ampliado junto Rusia, de integrar la OCDE y de articular sólidos lazos con la Unión Aduanera Sudafricana, todo ello con independencia de la presencia de Petrobrás en casi treinta países y el forcejeo de Vale do Río Doce para quedarse con la compañía minera más grande del mundo. El logro del investment grade coronaría la campaña. La reunión de los BRICs (Brasil, Rusia, India y China) en mayo próximo, confirma todo lo dicho sin haber escuchado a Ortega, cuando en *“Meditación del Pueblo Joven”* nos aconsejó dedicarnos *“a las cosas”*.

Ahora legítimamente van por más, como se dice en los últimos tiempos, siempre respondiendo a una estrategia nacional que no sufre desmayos ni desvíos, como debe ser. Dice el actual Secretario de Política, Estrategia y Relaciones Internacionales del Ministerio de Defensa, General José Benedicto de Barros Moreira, que Brasil podría necesitar la bomba atómica para defender sus recursos naturales. El ministro de Justicia no es ajeno a la definición, aunque más prudente, para no hacer ruido. Nelson Jobin defiende el enfoque y la construcción de un submarino nuclear. Es que sólo con buques de superficie, afirma, no bastaría para defender el petróleo escondido en el lecho submarino. Impecable. Si para defender el proyecto

hubiera que retirarse del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares, según Barros Moreira, ello se haría, habida cuenta que *“ninguna nación se puede sentir completamente segura si no desarrolla la tecnología que la capacite para defenderse cuando la necesite”*

Si algo enseña la experiencia del socio regional es que los saltos cualitativos no se registran sólo al amparo de enfoques circunstanciales. Responden siempre a la idea de una continuidad flexible pero ajustada a una estrategia de posicionamiento internacional cuyos resultados invariablemente demandan tiempo y esfuerzo. Estos recaudos no siempre son compartidos durante los cursos de acción y frente a cambios políticos, sea en las administraciones o en las ondas que susurran en los oídos de los dirigentes y líderes, pero debe tenerse conciencia de que sin un norte bien planteado y sin perseverancia, el despiste y la pérdida de oportunidades no se harán esperar. En tal sentido, Brasil como lo vengo sosteniendo desde hace mucho tiempo, nos ofrece una inapelable demostración de inteligencia política y estratégica que no puede sino descargar sus energías apuntando al futuro y sus desafíos.